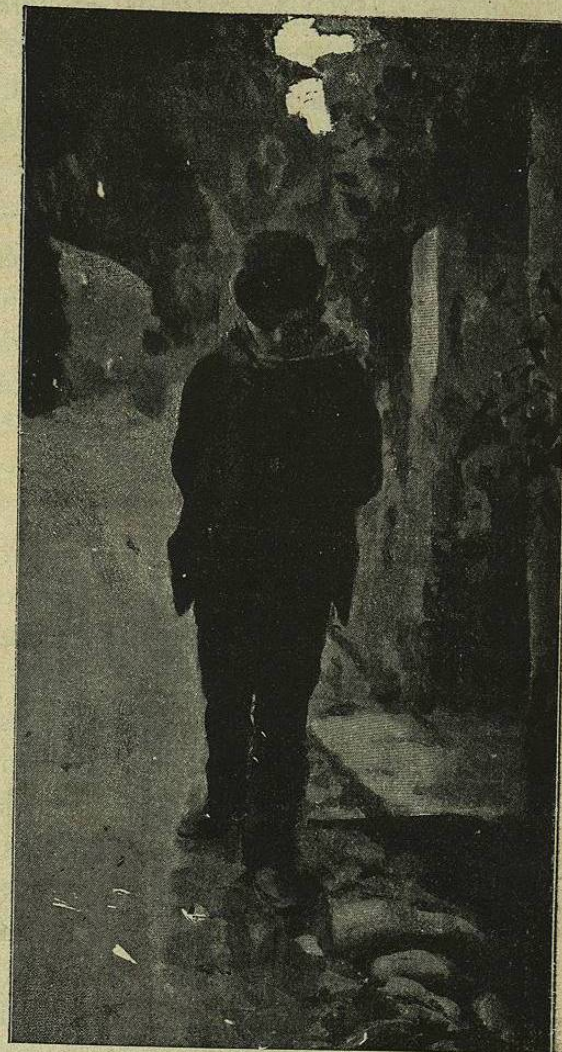


II

En todas las grandes ciudades hay ciertas casas de comida, compuestas de una sala y una cocina, con un rótulo en la puerta, que dice: *Abonos á cuarenta liras al mes*. Todas se parecen: la sala es larga y estrecha; en una pared se ve el busto del rey; á un lado un dueño de gesto avinagrado, y andando por allí dos ó tres mozos con los delantales sucios, despeinados y sirviendo con mal talante. Casi todos los parroquianos son jóvenes que engullen su mezquina comida sin hablar y sin levantar los ojos. No son pobres, ni obreros, ni estudiantes, ni empleados, siendo difícil determinar la clase social á que pertenecen. Son gente que vive al día, diseminada por las tiendas y almacenes, por las redacciones de periódicos y por los ministerios; que á cada paso, á medida que les falta trabajo en un sitio y lo encuentran en otro, cambian de puesto, de ocupaciones y de nombre; hoy gacetilleros, mañana revisores de cuentas, otro día escribientes temporeros. Duermen en un chiribitil de un cuarto piso, fuman un cigarro al día y van una vez al mes al teatro. Algunos usan los cabellos largos; muchos carecen de gabán en invierno y llevan rodeado al cuello un tapabocas ó un chal viejo; con frecuencia se les encuentra en las afueras de la ciudad paseando solos por algún camino desierto. Los hay poco amigos del trabajo; pero muchos ahorran diez liras de las cien que ganan al mes y las mandan á su casa ó las guardan aparte. Por lo general son los primeros en recoger de en medio de la calle á un niño cuando pasa un carruaje, ó en levantar á un anciano caído al suelo, ó en separar dos granujas que se pegan. Algunos tienen en la cara una expresión constante de tristeza y miran á la gente de modo

que parece que censuren á todos por algo; en cambio la fisonomía de otros expresa serenidad, paz, sentimientos dulces y benévolos. Todos ó casi todos muestran de vez en cuando cierta alegría que puede ser efecto de una carta de un pariente lejano, ó de un elogio del jefe de la oficina, ó de haber encontrado un cuarto que les cueste cinco liras menos al mes. Entre esta clase de jóvenes hay naturalezas admirables, corazones escogidos, vidas nobilísimas llenas de sacrificios y de dolores terribles, soportados sin quejas y en secreto.



III

El joven del jardín de Azeglio era uno de éstos. Hacía pocos meses que residía en Florencia, empleado como amanuense en el bufete de

Llevan rodeado al cuello un tapabocas

un abogado que le daba el corto sueldo de noventa liras al mes. Había nacido en Palermo, donde hizo sus primeros estudios, y se quedó huérfano de padre y madre en su tierna edad. No tenía más pariente que un tío, que lo recogió y mantuvo de mala gana algunos años y luego le había dado á entender bastante descarnadamente que era una carga para él. Entonces el joven, aconsejado por un amigo de Florencia para que fuera á buscar un empleo en el gran mar de la capital, partió de Palermo con unos cuantos centenares de liras y muchas esperanzas; pero llegado á orillas del Arno, y después de subir y bajar muchas escaleras, tuvo que despedirse de las esperanzas y contentarse con salir adelante copiando escritos. El amigo había regresado á Sicilia á las pocas semanas, y el pobre escribiente se había quedado solo en la ciudad desconocida.

Frisaba apenas en los veinte años, pero representaba muchos más, como les sucedió á cuantos han comenzado prematuramente la lucha por la existencia. Era de imaginación viva y despejada, no carecía de cierta instrucción, por más que hubiera tenido que salir del colegio cuando apenas comenzaba á comprender y á estudiar. Se le había quedado en la cabeza lo que suele quedar á cuantos el tránsito de la adolescencia á la juventud marca el abandono de los libros por el trabajo, esto es, alguna fecha histórica, algún verso del Dante y los nombres de los escritores contemporáneos más populares. Pero tenía esa sagacidad modesta y circunspecta, que pocos poseen, merced á la cual, sin traspasar nunca los límites del propio saber, se consigue tenerlos siempre ocultos, y se puede hablar de todo sin decir jamás un despropósito, ó se sabe callar de modo que la ignorancia no parezca vergonzosa.

Sus noventa liras mensuales le bastaban; con cuarenta co-

mía en una hostería, con diez y ocho tenía una habitación en un cuarto piso, en una calle extraviada, en casa de una familia pobre que vivía de una pequeña pensión. Esta familia se componía de una anciana, viuda de un empleado florentino, casi siempre enferma, y de una joven de diez y ocho años que no hacía otra cosa sino cuidar á su madre.

Ésta había opuesto alguna dificultad á admitir en su casa al nuevo huésped; tanto porque hasta entonces no había tenido más que viejos con los cuales podía hablar de sus achaques, y también lograr en caso necesario algún auxilio además de las palabras, cuanto porque un joven habría dado motivo á las hablillas de los vecinos y obligádole á ella á tener los ojos abiertos. Pero desde el momento en que vió á Alberto le pareció tan tranquilo, tan reposado, tan igual, que después de alguna vacilación, se decidió á alquilarle el cuarto. La hija, por su parte, no había hecho ninguna instancia, ni mostrado deseo de que se le admitiese con preferencia á otro, y también por esto la madre había consentido.

—No tiene de bueno más que los ojos, dijo la muchacha el día de su entrada en la casa.

Era un huésped que daba muy poco que hacer. Volvía á las nueve de la noche, daba las buenas noches y se acostaba pronto; por la mañana, antes de salir el sol, estaba ya fuera. Ni al entrar ni al salir hacía el menor ruido. Cuando la madre y la hija penetraban en su cuarto para hacerle la cama, todo estaba en su sitio como lo habían dejado el día anterior; parecía que allí no había habido nadie. Los muebles estaban limpios de polvo, las ropas cepilladas y dobladas, de suerte que á las mujeres no les quedaba casi nada que hacer. Pocos vestidos, ropa blanca escasa y de ínfima calidad, dos ó tres libros, un pequeño baúl, componían todo su ajuar; pero todo llevaba

impreso el sello de un cuidado continuo y riguroso, de una lucha sostenida del cepillo, del jabón y de la aguja contra el tiempo, las sillas y las mesas del bufete. «¡Pobre joven!, exclamaba la vieja: se conoce que tiene poco dinero, pero es juicioso.» Los primeros días le decía su hija que para ser tan arreglado á los veinte años, se necesitaba no tener sangre en las venas, y que no le gustaban los hombres que suplantaban á las mujeres en sus quehaceres; pero después de repetir muchas veces estas palabras, una mañana añadió: «Sin embargo, un joven que vive de ese modo... es simpático.»

Casi había transcurrido un mes desde que el joven había entrado en aquella casa, y entre él y las dos mujeres no se habían cruzado otras palabras que los acostumbrados «buenos días» y «buenas noches.» Una tarde le acometió á la madre un fuerte ataque de su acostumbrada dolencia y se rogó al joven que fuera á llamar al médico. Fué, volvió con el doctor, y cuando éste se hubo marchado se quedó en la alcoba junto á la cama de la enferma. La muchacha tenía que bajar á la calle en busca de ciertas medicinas de la botica de enfrente; antes de salir, quitó la luz de la mesa porque á su madre la ofendía, la puso al pie de la cama al lado del joven, y se dispuso á salir. Llegada á la puerta, aprovechó la obscuridad que la ocultaba para volverse á mirar al huésped á su sabor. «¡Oh! ¿Quién es ese?,» se preguntó á sí misma asombrada. La luz, alumbrando de abajo á arriba la cara del joven, le daba una degradación de color en el cutis y una viveza de expresión tan nueva, que aparecía casi transformado. «Parece guapo,» añadió la muchacha y bajó. Cuando volvió á subir, se puso á hablar, mirándolo. Se separaron ya tarde, y ella se quedó repitiendo:

— No tiene nada bueno más que los ojos... y la voz.

Así, poco á poco, unas veces por efecto de una luz puesta

en cierto punto, otras por la expresión insólita de una actitud y otras por el sonido particular de una palabra, el joven fué cambiando á sus ojos hasta tal punto, que á los dos meses ya no le parecía lo que al principio, acogido con indiferencia y considerado en ocasiones hasta con desdén.

La madre sufría de vez en cuando sus ataques, y siempre iba él en busca del médico y luego se quedaba junto al lecho cuando la joven debía salir. De este modo se estableció entre ellos cierta familiaridad. La anciana había empezado á abrir los ojos; pero no notando absolutamente nada que le diese motivo para tenerlos abiertos, los había vuelto á cerrar. A menudo daba gracias á su huésped por los cuidados que con ella tenía, y hablaba afectuosamente de él con su hija. Los tres acabaron por pasar las noches hablando alrededor de la mesa de labor; la madre ocupándose por lo general de las habladurías de las vecinas, el joven de su Palermo, y la hija de fruslerías, sólo por hacer ver su sonrisa y poder mirar á los ojos á su oyente mientras él la miraba á ella. Además de los ojos bonitos y de la voz agradable, había descubierto en el joven una sonrisa simpática y unos modales muy finos.

Una noche estaban los dos asomados á la ventana mirando abajo; reinaba mucha obscuridad, llovía y no se veía alma viviente. De pronto brilló á lo lejos una luz viva y trémula; eran los cirios de la Compañía de la Misericordia.

— ¡Qué noche tan triste!, exclamó la muchacha, volviéndose de espaldas á la ventana. Es una de esas noches en que dan ganas de dormirse y no despertarse más... ¿No ha sentido usted nunca esta impresión?

El joven se sonrió y luego dijo:

— ¿Cómo se le ocurren esas ideas, teniendo aún madre?

— ¿Y usted no la tiene?

— Yo no tengo á nadie.

La joven se conmovió al notar el acento con que fueron pronunciadas estas palabras; le miró, y contestó en voz baja:

— No lo había usted dicho nunca.

Al poco rato preguntó:

— ¿Tampoco tiene usted hermanos?

— Tampoco.

— ¿Tendrá usted amigos en Florencia?

— Ninguno.

— ¿Pero cómo puede usted vivir sin querer á alguien?

— ¿Y quién le dice á usted que yo no quiero á nadie?

La joven le miró, se sonrió; quiso levantar una mano para arreglarse el cabello, pero se la encontró cogida; fué á mover la otra y también la tenía sujeta; bajó los ojos, á poco los volvió á levantar; ya no había nadie con ella y se marchó á su vez. Desde aquel día todo cambió en la casa: pensamientos, rostros, actos, conversaciones; la madre abrió por tercera vez los ojos, pero al mismo tiempo abrió también el corazón á una esperanza remota; las pláticas se prolongaron todas las noches hasta una hora más avanzada; la familiaridad se convirtió en intimidad, y sólo una vez se notó algún mal humor en una de las dos partes. La madre propuso á su huésped hacerle la comida; él se negó, pero á los dos días se restableció la paz.

Los dos jóvenes eran bajos y morenos; él serio, ella alegre y más bonita, y se llamaban Alberto y Julia.

IV

Pocos días antes de que sucediese el episodio del jardín de Azeglio, Alberto regresó á casa una noche, un poco antes de la hora acostumbrada, con el semblante demudado, y se en-

cerró en su cuarto sin decir una palabra. A la mañana siguiente se levantó muy temprano y procuró salir sin que le vieran; pero la joven, que estaba vigilante, lo detuvo á tiempo, y primero con burlona expresión de mando, y luego con tierno acento de súplica, le rogó que le dijese lo que le pasaba. Alberto, más serio, pero también más afectuoso que de costumbre, le contestó que no le había pasado nada, que aquella noche se había sentido algo indispuesto, pero que merced al descanso se encontraba ya bien. Pero estaba aún pálido y tenía los ojos encarnados, y Julia no le creyó, por lo cual volvió á rogarle, le tomó una mano, derramó alguna lágrima, pero inútilmente; el joven le apretó la mano, la miró con ternura y salió sin decir una palabra. Desde aquel día no pareció ya el mismo que antes: hasta alteró sus costumbres; volvía á casa mucho más tarde ó más temprano que hasta entonces, hablaba menos, y aunque hacía un esfuerzo continuo para parecer, ya que no alegre, al menos tranquilo, bastaba mirarle para comprender que estaba agitado y triste. La muchacha le decía suplicante: «Dígame usted lo que tiene. ¡No me haga padecer!» Y él rogaba á Julia con mayor ahinco que no le preocupase el cambio que en él notaba, pues era efecto de un malestar pasajero. Pero mientras tanto, cada día estaba más pálido y más melancólico, y el esfuerzo que hacía para sonreír y para hablar aparecía siempre más evidente y más doloroso. La noche en que ocurrió la escena del jardín volvió á casa temprano, y Julia le volvió á rogar, más cariñosamente que nunca, que le dijera lo que tenía; pero él le contestó con voz trémula y fatigosa: «Dentro de algunos días..., hoy es imposible;» y se encerró en su cuarto, dejando á la pobre joven desesperada. A la mañana siguiente, antes que las mujeres se despertasen, estaba ya fuera de casa.